



**BRITISH AMERICAN  
TOBACCO  
COLOMBIA**



**FUNDACION BAT  
COLOMBIA**

La Fundación BAT Colombia fue creada en el año 2000, por la compañía British American Tobacco, como parte de sus principios de responsabilidad social corporativa. Su objetivo es promover, difundir, valorar, visibilizar y proyectar la importancia de la cultura popular colombiana en todas sus manifestaciones, con el fin de contribuir al fortalecimiento del tejido social y desarrollo del país.

### La Fundación BAT Colombia en números:

- 383 eventos realizados.
- 29 fiestas populares apoyadas.
- 30 exposiciones itinerantes del Salón BAT de arte popular y de Máscaras del Putumayo.
- Más de 4 millones de asistentes.
- 8.177 artistas presentados.
- Creación del Salón BAT de arte popular.
- Creación del Festival BAT de nueva música colombiana.
- 8 ediciones de la revista Anaconda.
- Publicación de los libros "Colombia de fiesta" con Intermedio Editores.
- Más de 100.000 visitas mensuales a la página web:

[www.fundacionbat.com.co](http://www.fundacionbat.com.co)



*Exposición de máscaras y fotografías  
del Valle de Sibundoy - Alto Putumayo*





"Arte, artesanía, malestar cultural, afloraciones del inconsciente, códigos gestuales, sueños, mitos, yagé, mensajes herméticos vindicativos, resistencia cultural pasiva, agudo humor, patologías y dieta cotidiana son los principales contenidos explícitos e implícitos que se derivaron del estudio de estos importantes objetos de los indígenas Inga y Kaméntsá, que en forma encubierta resistieron los inacabables embates de "los otros", los no indígenas, para sobrevivir."

## Orígenes de la colección por: Lucía Rojas de Perdomo

Esta colección de máscaras, que aún más de 200 piezas, fue realizada por los pueblos indígenas Inga y Kaméntsá, que habitan el valle del Alto Sibundoy, en el departamento del Putumayo, al sur de Colombia, justo en el sitio donde se desencadena el macizo montañoso que da origen no sólo a las tres cordilleras que surcan de sur a norte este país, sino a una de las cuencas hidrográficas más pródigas del mundo.

A mediados del siglo XX, Heidi Pifter, ciudadana Suiza, se radicó con su esposo a orillas de la laguna de la Cocha, ubicada a treinta minutos de la ciudad de Pasto, Nariño. Su contacto permanente con los indígenas Inga y Kaméntsá la motivó a comprarles las máscaras, porque, además, le recordaban el carnaval de su natal Basilea.

En 1991 el cineasta Miguel Tauchert las compró a la señora Pifter, con el propósito de mantenerlas como colección, pues entendió que sólo así tendrían un inmenso valor cultural. A comienzos del siglo XXI, cuando la Fundación BAT Colombia planeaba presentar el Carnaval Inga-Kaméntsá, este sensible ciudadano alemán las vendió a esta entidad para que la preservara y difundiera su importancia. Acompañan estas exposiciones, de un lado, los resultados de la investigación sobre su significado y simbología, realizada por la antropóloga y arqueóloga Lucía Rojas de Perdomo, bajo la permanente colaboración de las comunidades Inga y Kaméntsá, gracias a la cual se pudo rescatar esta memoria cultural de estos pueblos indígenas, y, de otro, una exhibición de treinta fotografías de Jorge Mario Múnera.



## Simbolismo, historia y memoria

Estas sobrecogedoras máscaras constituyen un valioso y, hasta hace poco tiempo, subvalorado e ignorado documento etnológico. Su estudio permitió conocer que fueron usadas por estos indígenas como un efectivo medio de comunicación investido de poderosa simbología chamánica para enfrentar a los agentes físicos o sobrenaturales, perturbadores de su equilibrio comunitario desde tiempos precolombinos.

La mayoría de los contenidos expresados en las máscaras revelan un profundo malestar cultural. Las vigorosas tallas de estilo expresionista muestran en forma encubierta su particular cosmovisión y vida espiritual, conformada por una esfera de espíritus que amenazaban su salud emocional y física, además del choque con la cultura hispana, que a partir de 1537 llegó a su territorio con conquistadores y misioneros, seguidos de colonos, buscadores de oro, de cedro, de quina, de caucho, dispuestos en una u otra forma a desconocer su cultura y a despojarlos de sus tierras.

Según el cronista de Indias del siglo XVI Pedro Cieza de León, los indígenas del valle de Sibundoy hacían terribles gestos de desagrado a los españoles. Tal información permite conocer que la gestualidad exagerada y agresiva era una costumbre cultural empleada contra las personas y situaciones indeseadas. Siguiendo este comportamiento, manifestaron su malestar, protesta e ira con arrogantes gestos y desmesuradas bocas, como emitiendo gritos contra los portadores de la cultura hispana, que plasmaron en la expresión agresiva de algunas máscaras, lo que, sin despertar sospechas, las convirtió en instrumentos de resistencia pasiva y retaliación oculta contra los blancos por el peligro que ello acarrearba. Así, esta comunidad pudo, con transgresión cómica, desfogar su conflicto al ejecutar sus "inocentes" danzas frente al invasor, que, como lo predijo un poderoso taita o chamán: "Vendrán de otra región por nuestras almas, lengua y tierras".

De tal manera, en estas máscaras también se caricaturizaron personajes atípicos, de rasgos caucasoides o "blancos", para burlarse de ellos en su danza de los San Juanes, como principales actores de su malestar cultural. Esta danza la ejecutan en sus carnavales anuales el Kalusturinda, Inga, y el Clestringé, Kamëntsá.



Algunas máscaras representan deficiencias mentales, patologías debidas a la alta endogamia usual en estas culturas y a deficiencias de yodo detectadas desde el siglo XVIII. Igualmente, las enormes presiones psicosociales y medioambientales generaron patologías de miedo, susto y angustia, identificadas por los indígenas con espíritus maléficos y "malos aires", que el taita o chamán enfrenta con la planta sagrada yagé (*Banisteriopsis caapi*).

Los animales representados en las máscaras, como cerdos, coatís y dantas, corresponden más a la fauna que consumen en su dieta, que a los animales de su mitología. Para los indígenas del valle de Sibundoy, los colores negro y rojo tenían alta valoración negativa; por tal razón, con gran economía de elementos, con la sola aplicación de uno de estos colores las máscaras expresaban con amplitud sus conceptos.

Talladas en madera de cedro (*Cedrela* spp.) y de comino cachajo (*Endlichieria columbiana*. Meissn.), con prevalencia en la primer especie mencionada, porque es más dócil para la talla y por su significado cosmogónico. Con una antigüedad de más de 75 años en aquellas máscaras que muestran pátinas y tintillas y cerca de 40 en las de madera natural con cera blanca, sus temas son el antropomorfo masculino y femenino, así como el zoomorfo, con dos estilos claros:

**Expresionistas:** máscaras que se pueden considerar verdaderas obras de arte por su originalidad, creatividad, conocimiento en la resolución del asunto artístico y procedimientos de tallado.

**Naturalistas:** máscaras artesanales que tienden a copiar la naturaleza y a repetir modelos tradicionales; revelan falta de originalidad y deficiente trabajo de la talla; muestran personajes serenos y amables, algunos parecen retratos indígenas masculinos y femeninos, otras corresponderían a representaciones conocidas en la comunidad y repetidas por tradición.